

EL REMEDIO PARA LA MIGRAÑA

Cuando llegué a casa ayer tarde, Valeria estaba sentada en el huequito de la ventana, con la macbook en las rodillas, escribiendo y, en la mesa ratona, el infaltable mate, y casi pude sentir que el tiempo no había pasado y que todo volvía a ser como antes.

Valeria y yo nos conocimos en una clínica de Constitución donde los dos habíamos ido a tratarnos de migraña y, después de coincidir varios martes en la sala de espera, empecé a acompañarla a la parada del colectivo y a invitarla a un té o un helado por el camino. Las primeras veces que hablamos nos dimos cuenta que la migraña (molesta en mi caso; en el suyo, casi inhabilitante) no era lo único que teníamos en común: Valeria enseñaba Teoría y Análisis Literario en la Filo y yo también era profesor, pero de Biomedicina Estructural en el ITBA; Valeria había nacido en Rosario y yo casi, en Fray Luis Beltrán, y ambos habíamos llegado a Buenos Aires en el mismo año, el 98; Valeria escribía cuentos que a veces salían premiados en algún certamen y yo hacía fotos de árboles y de edificios. Después, cuando fuimos conociéndonos un poco mejor, descubrimos otra cosa que no teníamos en común, es más, una cosa que podía distanciarnos bastante: Valeria venía de familia de montoneros y era zurdísima, y yo venía de familia de apolíticos pero, por mi cuenta, me había hecho libertario o, en opinión de ella, medio facho. Para entonces nos gustábamos tanto que procurábamos no tocar el tema para no discutir. Lo procuraba sobre todo yo, porque ella no podía evitar, de vez en cuando, largarme plomíferos discursos sobre el antiimperialismo, la justicia social y la herencia ideológica de Perón. El agitprop se circunscribía casi sólo a las reuniones con amigos (en los debates yo solía quedar aislado o, sorprendentemente, aliado circunstancial de algún menemista) y no interferían mucho con nuestra vida cotidiana, que se hizo mucho más cotidiana cuando nos marchamos a vivir juntos a mi departamento de San Telmo. Entonces sí que el problema político empezó a provocar algún que otro roce. Cuando le propuse que nos casáramos, más que nada por no disgustar a mi madre, ella me dijo que el matrimonio era una institución caduca ideada para menoscabar el derecho de la mujer; cuando le propuse contratar una mucama me miró como la Gorgona Medusa y me retrucó si yo era un fascista opresor. Transigí con lo del matrimonio (y mi madre se disgustó), con lo de la mucama y con muchas otras pavadas, pero

me planté con lo del todoterreno Ford que decidí comprar, aunque ella aseguraba que era un símbolo capitalista y, lo que es peor, una proyección psicológica de un complejo latente de pene pequeño. Así que el Ford vino para casa por mucho que ella lo mirase con resentimiento y me criticara por ir a la Facultad en él todas las mañanas: “mirá vos ‘The Transporter’, me apuesto que los fachos hacen carreras en el estacionamiento del ITBA para ver quién lo tiene más grande”. Cada vez eran más los motivos, algunos asombrosamente nimios, para organizar un bochinche, y todo a cuenta de la política. Pero lo peor era que, después de cada encononazo, Valeria sufría un ataque de migraña que la dejaba medio postrada, a veces durante días, cada vez peor. Tenía que encerrarse en un cuarto bien oscurito, con todas las cortinas echadas, en silencio, y yo le traía agua con Tafirol que de poco le servía; cuando se encontraba un poco mejor, la subía al Ford y la llevaba a la consulta de Constitución donde lo único que hacían era darle del mismo analgésico que yo y buenas palabras. Iba tan demacrada, con la cabecita que casi no se le veía en el enorme reposacabezas del Ford, que a mí me remordía la conciencia por no haber sabido transigir. Mirala, che, tan linda y tan malita por culpa de mi obstinación. Si va a ser verdad que soy un facho insensible.

Sin embargo, mis buenos propósitos duraban lo que duraban: no mucho. No soy un facho, che, pero tampoco soy perfecto, y cuando Valeria empezaba de nuevo dele con que había que nacionalizar los bancos, cerrar las universidades privadas y cosas así, yo no lo podía evitar y saltaba. Y otra vez la migraña, el cuarto a oscuras, el analgésico inútil, el Ford por Constitución arriba y abajo a toda velocidad, mis remordimientos y el rencor de ella, que se iba enconando cada vez más. Hasta que decidió abandonarme. No puedo olvidarla en el umbral de casa, llorando con la maleta en la mano, hermosísima: “entendeme, amor, vos no tenés la culpa pero ¿qué vamos a hacer si no podemos estar juntos, si cada vez que hablamos acabamos a los gritos y yo, después, con esta migraña de mierda que me va a matar? Zurda y facho. Montescos y Capuletos. No puede ser, Leonardo. Lo siento”.

Así que se mudó a un departamento en Caballito, a una cuadra de la Filo, y yo me quedé en San Telmo, con mi Ford y más solo que guarda de faro. Qué tristeza, volver de la Facultad y encontrar vacío el hueco de la ventana de la salita donde ella se ponía siempre a leer o a escribir sus

cuentos; sentarme a matear sin ganas frente al televisor y atender el llamado diario de mi pobre madre compadeciéndome; encerrarme en el cuarto oscuro a revelar fotos de edificios y árboles que me parecían todas la misma; notar la presencia de Valeria por todos los rincones. Y lo que es peor, empezar yo también con ataques de migraña, no tan fuertes como los de Valeria, pero molestos como agujitas clavándoseme en la nuca, en las sienes. A Valeria, estar conmigo le provocaba dolor; a mí me lo provocaba estar lejos de ella. Ay, Valeria: a lo mejor un día tú, que eres una escritora de verdad y no yo, que sólo junto las letras como en el Scrabble, escribes un cuento de los tuyos, maravilloso, sobre este destino nuestro tan singular.

Al año de nuestra separación yo había llegado a un límite insostenible. La migraña ya no me abandonaba casi nunca ni me dejaba apenas dormir, y no tenía ganas ni de fotos ni de tele ni de nada. Como pensaba en Valeria cada segundo me refugié en el trabajo para tratar de abolir aquél pensamiento. Retrasaba cuanto podía el regreso a casa, donde los recuerdos se hacían insoportables, así que me recluía en el laboratorio de la Facultad y me enfrascaba en experimentos con unos antiinflamatorios sintéticos en los que el Departamento estaba trabajando. Al principio combinaba las sustancias sin pensar mucho en lo que hacía, volcando un tubo de ensayo en otro como los científicos locos de las películas, todo para matar el tiempo y demorar la hora de irme, pero poco a poco fui centrándome en buscar de verdad un remedio para la migraña, algo que me arrancase las agujitas y que me permitiera dormir, o qué se yo.

Había pasado un año, pues, y me parecía que empezaba a acercarme a algún resultado con mis investigaciones cuando sucedió algo insólito: Valeria me telefoneó. El corazón me palpitó alocadamente al ver su nombre en la pantalla del celu. Yo la había llamado algunas veces después de la separación sin que ella me respondiese los llamados y ahora era ella, ¡ella!, la que me llamaba a mí. ¡Cómo deseé yo ese momento! Luego la conversación fue algo menos íntima de lo que había imaginado: hablamos menos de dos minutos. Se había dejado en el departamento un pendrive con unos archivos que necesitaba y me llamaba para pedirme que se lo enviara por correo postal. Después de algún forcejeo conseguí que aceptase quedar conmigo en un café del centro para entregárselo yo mismo y charlar un poco. Por los viejos tiempos.

Estaba tan linda como siempre, pero demacrada igual: aunque ya no tenía aquellos ataques violentos, la migraña no remitía. Le entregué el pendrive, la invité a un tecito que yo mismo le removí y conseguí que se quedara a charlar un rato. Se quedó dos horas. Al despedirse me dio un beso, me sonrió y me dijo: “hemos estado bien hoy, ¿verdad, Leonardo? Hasta me duele menos la cabeza”.

Las citas en el centro se hicieron costumbre, los tecitos y los besos. Volvíamos a ser novios. En las conversaciones orillábamos con todo cuidado la política para hablar de cualquier otra cosa, de cine, de libros. Un día me dijo que había empezado a gustarle más Borges que Benedetti; otro, que había visto en youtube una de Schwarzenegger y che, tampoco fue tan terrible; al siguiente, (me parece que el primero que se quedó a dormir en casa después de la separación) vino con un precioso vestido floreado en vez de los jeans y la camiseta nac&pop que solía ponerse. Llevábamos ya tres meses saliendo juntos cuando fue ella la que, pese a mis protestas, sacó el tema de la política y me dijo que a lo mejor yo tenía razón y en la Argentina se pagaban demasiados impuestos.

* * *

Cuando llegué a casa ayer tarde, Valeria estaba sentada en el huequito de la ventana, con la macbook en las rodillas, escribiendo y, en la mesa ratona, el infaltable mate, y sentí que el tiempo no había pasado y que todo volvía a ser como antes. Hacía seis meses que había vuelto a casa y no se pueden describir mi dicha y mi gratitud.

Dejé el maletín y la campera en la entrada, me acerqué a darle un beso y, como cada día, le pregunté cómo estaba.

—Rebién. Cinco meses, tres semanas y dos días sin migraña, amor.

—¿Y el dolorcito?

—El dolorcito en la sien derecha no se va, pero casi no lo noto. Es como estar en el paraíso, comparado con aquello.

Recogí el mate y la pavita de la mesa ratona y me los llevé a la cocina para recalentar un poco el agua. Al pasar por el recibidor vi que Valeria había dejado sobre la repisa las boletas para las elecciones del domingo; se había empeñado en que teníamos que votar a Macri para echar al

populismo de una vez por todas del Gobierno, aunque yo la hacía rabiarse diciéndole que pensaba votar a Scioli o nada. Desde la cocina, alzando la voz, le pregunté:

—¿Qué hacés? ¿Estás escribiendo algo?

—Casi. Le doy vueltas a un cuento para un concurso que convoca el Grupo de no sé qué de la cefalea de España. No creo que haya muchos escritores que sepan más que yo de eso.

—¡Mirá vos!

—Pero no sé si concurrir, porque le pusieron un requisito absurdo. Hay que incluir en el texto esta frase literal, oí: *“El lado que te duele predecirá tu voto. ¡Qué hallazgo tan notable! ¡Qué pasmo y qué alboroto!”* ¿Cómo encajar una boludez así en un relato medio serio?

Puse la pava al fuego y me reí para mis adentros. Aún desde la cocina dije:

— Qué gallegada, che. Pero escuchá, creo que tengo la idea para tu cuento. Es una linda escritora un poco zurdita que padece migraña; su novio, un brillante bioquímico medio facho, descubre un remedio infalible para acabar con la migraña para siempre, pero tiene un efecto secundario inexplicable: además de curar la migraña, provoca que el paciente adquiera ideas políticas conservadoras. Para que la mina no recele, todos los días el bioquímico le pasa el remedio en el té, en el mate, donde puede, sin que ella se dé cuenta. Como consecuencia, se cura de la migraña, pero se vuelve votante del PRO y se le queda un dolorcito no más, precisamente en la sien derecha. Ahí podés encajar la frase tremebunda. ¿Qué tal?

La voz risueña de Valeria me llegó desde la sala.

—Mirá que sos boludito, papá. Y ahora que hablás del PRO, ¿viste que dejé las boletas en el recibidor, para el domingo? Me prometiste que vendrías a votar.

Yo terminé de vaciar sobre la hierba mate los polvitos blancos, insípidos, que, como cada tarde, había llevado a casa a escondidas desde el laboratorio de la Facultad y acto seguido vertí el agua humeante a lo largo de la bombilla haciendo que los polvos se diluyeran inmediatamente, con un burbujeo fugaz.

—Las he visto, amor. Claro que iremos a votar. Juntitos tú y yo.

FIN